



ELPESODE

SILENCIO

Intenté no echar la vista atrás. Sabía exactamente lo que dejaba: el cuerpo enredado en sábanas de mi hermana pequeña Mariama, el olor a medicina amarga y el ruido de la respiración de mi cansada madre. Si la miraba, mis pies se detendrían y me quedaría. Si la miraba, me hundiría en el suelo de tierra de nuestra habitación y nunca llegaría a ese lugar donde dicen que el dinero no se cuenta en monedas de cobre, sino en billetes que pueden comprar medicinas. Salí. La arena que se colaba en mis chanclas estaba fría. Mi mochila pesaba menos que mi conciencia. Solo llevaba una botella de agua a medio llenar, dos mudas de ropa y el rosario de mi abuela apretado en el puño.

—¿Amina? —susurra una voz en la oscuridad.

Es el contacto. Le entrego los últimos ahorros de mi familia, dinero que debería haber sido para mi boda o mis estudios, pero que ahora se convierte en el precio de una plaza de un viaje hacia la incertidumbre.

Subí. Mis pies se hundieron en un charco de gasoil que me quemaba la piel. Sentada ya entre un hombre que temblaba y una mujer que agarraba con fuerza su bolsa de tela deshilachada, el motor rugió. Me siento como una niña jugando a ser mayor. Tal vez lo era. A mis dieciséis años estaba cruzando el Atlántico en cayuco. Una completa locura.

Al alejarse la pequeña embarcación, sentí un tirón en el estómago. No eran náuseas. Era el hilo invisible que me unía a mi hogar rompiéndose para siempre. Las playas de Senegal cada vez estaban más distantes. No podía permitirme llorar, pero una lágrima se resbaló por mi deshidratada mejilla sin yo haberme dado cuenta, solo me consolaba el tacto del rosario.

El cuarto día, el mundo entero se olvidó de nosotros. Éramos como una pequeña astilla en comparación con la inmensidad del mar. Treinta personas apretadas en una cáscara de madera que subía y bajaba al ritmo violento de las olas. El olor a gasoil, que antes me daba asco, ahora era lo único que me recordaba que avanzábamos. De repente, el rugido del motor se convirtió en un carraspeo metálico y se hizo el silencio. El silencio más aterrador que había escuchado en mi vida.

—Se ha roto —dijo con un hilo de voz el hombre que hace cuatro días temblaba.

Pánico. El pánico empezó a correr por la barca. Una mujer se puso a llorar y los más jóvenes, un poco más mayores que yo, chicos que hasta hace dos pares de días jugaban al fútbol en la playa de nuestra tierra, empezaron a moverse bruscamente haciendo que el cayuco se tambaleara. Sentí el miedo subiendo por mi espalda. Pero recordé el motivo por el cual me había embarcado hacia

España, el rostro de Mariama y de mamá vinieron a mi mente.

“Si ellos tiran la toalla, ellas mueren”, me dije.

Me llené de coraje y me puse de pie, agarrándome de los bordes de la barca con una fuerza que no sabía que tenía. Mi voz, aunque era pequeña, sonó firme:

—¡Si nos movemos, volcaremos!

Todos se detuvieron y me miraron. Una chica de dieciséis años les estaba dando órdenes. Parecía irónico, pero surtió efecto. Unos cuantos adultos y yo comenzamos a racionar los últimos tragos de agua que nos quedaban como si de oro líquido se tratara. Durante unas horas, observé a los hombres que estaban intentando revivir el motor con sus temblorosas manos. Parecieron no tener éxito, pero el golpe de frustración de uno de ellos hizo que volviera a ponerse en marcha. No lo celebramos con gritos, el cayuco se volcaría, pero a todos se nos levantó el ánimo.

El octavo día, el motor dejó definitivamente de rugir, se había rendido, se nos acabaron los escasos suministros y el sol nos bebía las fuerzas. Algunos de nuestros compañeros ya nos habían dejado, el olor era lo de menos, nuestras fosas nasales estaban acostumbrados al olor fuerte del gasoil, pero los cuerpos seguían ahí. De repente, una mancha naranja rompió el azul infinito. No era un espejismo. Un barco grande, tras divisarnos, se acercaba cortando olas. Cuando llegaron y nos subieron a bordo, mis jóvenes piernas quemadas por la gasolina me fallaron. Me desplomé sobre la cubierta, llorando sin lágrimas por la severa deshidratación. Fue la segunda vez que lloré desde que salí de Saint-Louis. No lloraba de miedo, sino porque, contra todo pronóstico, había sobrevivido.

Los primeros días siguientes fueron una niebla de mantas térmicas y vasos de leche caliente que me quemaban las manos. Me llevaron a un centro donde todo era extraño y nuevo para mí. No entendía muy bien el idioma, pero me podía comunicar en mi torpe inglés. Otros me preguntaban mi edad; yo decía dieciséis, pero por dentro me sentía mucho más mayor: el mar me había bautizado como mujer. Pasé la mayoría del tiempo de las siguientes semanas aprendiendo palabras de un idioma que me sonaba a madera chocando, mientras contemplaba por la ventana las montañas volcánicas de la isla.

No se parecían en nada a las dunas de Senegal, pero eran tierra firme.

Lo más duro fue el silencio: no saber si mi madre seguía respirando al otro lado del mundo. Cada noche rezaba.

Seis meses después.

El aire de Tenerife es considerablemente más distinto que el de mi hogar. Mi vida ahora se rige bajo las horas de un reloj y el peso de las bandejas. Trabajo en una cafetería cerca del puerto, limpiando

mesas y sirviendo cafés. Las personas solo ven una niña menuda y callada, pero lo que no saben es que esa “niña” domó el Atlántico antes de saber siquiera lo que era un contrato de trabajo.

Hoy es viernes, el último día del mes. Como habitualmente hago, me dirijo a hacer una transferencia de dinero. Entro en el local. Le entrego al encargado la cantidad que deseaba enviar y me marcho. Camino a paso ligero hacia el locutorio. Al entrar, el olor a cerrado y el sonido de otras lenguas africanas me reconforta y me hace sentir como en casa por un segundo. Los dedos me tiemblan, pero consigo marcar el número de teléfono.

—¡Amina! —el grito de Mariama al otro lado de la pantalla me atraviesa el alma.

Detrás de ella, veo a mi madre, que estaba sentada en una silla de madera nueva, ya no en el suelo. Está mucho mejor que cuando dejé Senegal; tiene color en las mejillas y sostiene el frasco de medicina que mis envíos han pagado. Veo la mochila escolar de mi hermana. Me quedo sin voz.

—Lo hemos conseguido, madre —logro por fin decir.

Ella me responde con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

Salgo a la calle y camino hacia el muelle. Cumplí diecisiete el mes pasado. A veces, confieso que cuando veo un barco salir, el miedo vuelve a visitarme. Pero me miro, toco mi uniforme de trabajo y recuerdo que ya no soy una sombra en aquel cayuco. Soy el puente que une dos mundos. He cruzado un océano de oscuridad para llevar la luz a mi familia. No seré una heroína que haya conseguido grandes hazañas, pero soy el pilar que mi familia necesitaba. Mi verdadera infancia no se perdió en el mar, sino que floreció en forma de coraje.

A veces, cuando camino por las avenidas de Santa Cruz, el ruido de los coches desaparece y vuelve a mí el peso del silencio de aquella noche en el mar. Pero ya no me asusta. Ahora sé que el silencio no era un vacío, sino el espacio donde estaba naciendo mi propia fuerza. Soy Amina, y mi silencio hoy es el grito de la victoria de los que no se rindieron.